

Abandono de Cristo en la Cruz

Teología Actual y Futuro de la Iglesia

Enrique Cambón, Pbro.
Avellaneda, Bs. As. Argentina

“Jesús murió gritando a Dios: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’ Toda teología y toda existencia cristianas responden, en realidad, a esta pregunta del Jesús moribundo. También el ateísmo de las protestas y las rebeliones metafísicas contra Dios responde a esta pregunta. El Jesús abandonado de Dios, o es el fin de toda teología, o marca el comienzo de una teología y una existencia específicamente cristianas”¹.

El *misterio pascual* —muerte y resurrección de Cristo— es el centro clave del cristianismo. Y cada vez son más los cristianos que perciben a su vez el abandono de Cristo en la cruz como el momento culmen de su pasión y, lo que es más decisivo, encuentran allí estímulo y energías inusitadas para la vida concreta de los hombres. El abandono de Cristo estaría preñado de significado y consecuencias para la vida personal y comunitaria de los cristianos (incluida la teología), y para la transformación del mundo y de la historia.

Por eso puede ser sumamente útil una referencia —breve, no completa, pero claramente indicativa— sobre el pensamiento de autores cristianos de renombre en estos últimos tiempos sobre ese misterioso grito de Cristo en la cruz.

Abandono como “noche oscura” de Dios

Ya Romano Guardini en su famosa obra *El Señor*² decía: “Nadie ha caído tan hondo en la nada —hondura terrible evocada por las palabras ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado’—, porque era el Hijo de Dios (Mt 27,46). Fue realmente ‘aniquilado’. (...) No tenía nada y ya no era nada”.

Así también otros autores más recientes: “Jesús no se desmoronó en su fe, pero gustó la noche y el aprieto de la fe más profundamente que cualquier otro hombre. Porque al clamar moribundo a Dios, clama no sólo al Dios del Antiguo Testamento, sino al Dios al que llamó Padre en sentido exclusivo y con el que se había unido de manera incomparable. O sea, experimentó a Dios como aquel que se retira precisamente

¹ J. Moltmann, *El Dios crucificado*, Ed. Sígueme, Salamanca 1975, p. 13.

² Rialp, Madrid 1960⁴, vol. II, p. 172.

en la cercanía, aquel que es el totalmente distinto. Experimentó el insondable misterio de Dios y su voluntad. Pero superó esta noche por la fe. De forma que en este vacío insuperable se convirtió en el hueco para la plenitud de Dios. Su muerte se convirtió en fuente de vida"³.

"Al abrazarse a nuestra realidad, Dios nos proporciona la paz absoluta. Pero la paz se le arrebató por completo al mismo Señor que nos proporciona una paz absoluta. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"⁴.

"Todas las 'noches oscuras' de la antigua y de la nueva alianza son en el mejor de los casos aproximaciones, lejanos indicios del inaccesible misterio de la cruz: por ser irreplicable el Hijo de Dios, irreplicable es su experiencia de verse abandonado por el Padre. (...) Esto no es mística. Es el centro del mensaje bíblico"⁵.

Jesús "prueba el dolor más lacerante cuando, poco antes de morir, se siente abandonado por el Padre"⁶.

¿Abandonado por Dios o por los hombres?

Algún autor piensa que es un error hablar de que el Padre haya "abandonado" a Cristo. "No me parece teológicamente correcto decir que Jesús siente en la cruz el abandono de su Padre, sino más bien el abandono de los hombres"⁷.

Lo mismo parece afirmar una de las "cristologías" más serias y actualizadas publicadas últimamente. Luego de señalar que "hay que distinguir tres etapas de desamparo: el fracaso de una tarea, la angustia del justo, la lejanía de Dios o su abandono", termina el capítulo dedicado a "el abandonado" expresando: "Jesús no muere rechazado por Dios: muere apartado por los hombres de una sociedad que no ha podido tolerar sus palabras"⁸.

¿Pero se trata acaso de una real alternativa, de un "aut-aut", de una disyuntiva?

Por una parte negar que se haya dado un "abandono" de parte del Padre contradice el dato explícito de la Sagrada Escritura (a la cual, si bien con la ayuda de todos los recursos de la ciencia, debemos *servir* humildemente, aun cuando constituya un misterio altísimo para nuestra inteligencia y un desafío para nuestra experiencia), y niega las afirmaciones autorizadas o respetables de Padres, teólogos, místicos y santos de

³ W. Kasper, *Jesús el Cristo*, Ed. Sígueme, Salamanca 1978², p. 146.

⁴ K. Kitamori, *Teología del dolor de Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca 1975, p. 23.

⁵ H. U. von Balthasar, "El Misterio Pascual", en *Mysterium Salutis*, Ed. Cristiandad, Madrid 1971, III/2, pp. 192, 220; cfr. pp. 185, 193, 196, 209, 230, 231, 222, 224, 187, 189-192, etc.

⁶ G. Rocca, *Teología dogmática: II Mistero di Cristo e della Chiesa*, Istituto Internazionale Mystici Corporis, Loppiano, Florencia 1977 (mimeóg.), p. 20.

⁷ O. Santagada, *Criterio*, 1803-4, 25.1.1979, p. 35.

⁸ Ch. Duquoc, *Cristología. Ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret el Mesías*, Ed. Sígueme, Salamanca 1974, p. 314.

todas las épocas. En el fondo sería, como bien se ha dicho, “bagatelizar”, no tomar en serio, minimizar el misterio del abandono de Cristo, mutilando sus extraordinarias consecuencias para el pensamiento y la vida práctica.

Pero en realidad, acentuar el hecho de que Cristo fue abandonado por los hombres, ¿no estará en último término dándonos una indicación positiva, es decir, que el misterio del abandonado es necesariamente profundizarlo *en su doble vertiente, humana y divina?*

“El verbo griego ‘enkataleipo’ expresa: ¿por qué me dejas en esta situación dolorosa? Por eso desde un punto de vista filológico, se comprende que Jesús en aquel momento sintió el abandono del Padre, en el sentido que el Padre no intervino en su favor, dejándolo en una situación terrible y dolorosa. Nos dice además que este dolor indicaba también la relación personal de Jesús con el Padre”⁹.

Destacando el abandono por parte de los hombres, es decir el conflicto humano que vivió Jesús, se quiere hoy hacer resaltar la incomprensión que encontró Cristo ante su misión, y cómo sin embargo llevó esa misión y su mensaje hasta sus últimas consecuencias. De esta forma los cristianos tenemos señalado nuestro camino, porque “el discípulo no será mayor que su maestro”: seremos incomprendidos y perseguidos, pero debemos afrontar la realidad en manera activa y creadora, dispuestos a pagar personalmente para superar el mal en la humanidad y construir un mundo según el Amor de Dios. Es en el fondo un esfuerzo por evitar los efectos paralizadores de una teología y una espiritualidad de la cruz mal entendidas. “Predicar la cruz hoy, —afirma un autor latinoamericano— es predicar el seguimiento de Jesús. No es pasividad ante el dolor, ni magnificación de lo negativo. Es anuncio de la positividad, del compromiso para hacer cada vez más imposible que unos hombres continúen crucificando a otros hombres. Esta lucha implica asumir la cruz y cargarla con valor y también ser crucificado con valor. (...) Predicar la cruz significa: seguir a Jesús. Y seguir a Jesús es per-seguir su camino, pro-seguir su causa y con-seguir su victoria”¹⁰.

Esto encierra una gran verdad. Pero al mismo tiempo sería demasiado poco y demasiado pobre reducir la experiencia vivida por Cristo en la cruz, a su dimensión exclusivamente humana. “Como ‘blasfemo’ fue rechazado Jesús por los legistas de su pueblo. Como ‘revolucionario’ lo crucificaron los romanos. Pero en definitiva, y conforme con la más profunda verdad, murió como el ‘abandonado de Dios’. (...) También fueron malentendidos otros hombres y se hundieron por la incomprensión humana. También hubo profetas maldecidos como blasfemos por su propio pueblo. A muchos hombres valientes se les ejecutó mediante crucifixión y torturas más terribles aún. Todo esto no distingue a la muerte de Jesús de las otras cruces en la pasión de la humanidad. Sólo entendiendo su abandono por parte del

⁹ P. Foresi, “Jesús Abandonado”, en *Conversaciones teológicas*, Ed. Ciudad Nueva, Buenos Aires 1970, p. 85.

¹⁰ L. Boff, “Cómo anunciar hoy la cruz de Nuestro Señor Jesucristo”, en *Jesucristo y nuestro futuro de liberación*, Indo-American Press Service, Bogotá 1978, p. 41.

Dios y Padre, cuya cercanía había predicado de un modo único, gratuito y festivo, es como comprendemos la especificidad de su muerte. Jesús murió en un abandono incomparable por parte de Dios en el contexto de la también incomparable comunión con él reflejada en su vida y predicación. (...) la cruz de Cristo se hace comprensible en el contexto de su vida primariamente por razón de su misión, que despertó la contradicción. Pero en ella se encierra, además de la contradicción de la ley y la sociedad, también el mismo abandono de Dios”¹¹.

Todas las dimensiones de la experiencia de Cristo son decisivas —más adelante tendremos ocasión de poner de relieve la importancia de la experiencia humana de Jesús—, pero en realidad lo más importante que sucedía en la cruz escapa a un análisis sociológico, político o económico, y puede ser comprendido sólo desde la visual teológica y espiritual. “Esta tercera dimensión (el ‘*abandonado de Dios*’) es la más importante en el contexto teológico de su vida”¹².

Seguir profundizando la riqueza inefable del misterio del abandono, y sus implicancias teóricas y prácticas, es seguramente la tarea más urgente para los cristianos de hoy. Esperamos mostrarlo de alguna manera con las reflexiones siguientes.

Dificultades

¿Cuáles son las causas que llevan a algunos a dudar o negar el hecho de que Cristo haya pasado la experiencia del abandono del Padre? La dificultad no es nueva, y un sacerdote estudioso me la sintetizaba así: “Para mí Jesús ‘siente’ el abandono de los hombres y en eso está el dolor... Pero Dios Padre, jamás nos abandona. Yo no podría afirmar eso nunca. Y menos de su Hijo tan amado...”.

En otras palabras, decimos que Cristo era hombre y Dios. Dios no abandona jamás, pero si Cristo se sintió abandonado por El quiere decir que era sólo hombre, y esto podría ser un buen fundamento del ateísmo. Y si en cambio Cristo era Dios, cómo pudo “dividirse”, cómo admitir esa “esquizofrenia”, ese dualismo en Cristo...?

Está implicado aquí lo más hondo de la teología trinitaria y cristológica. Creo que en el fondo, respecto a la Trinidad, se trata de un malentendido, y cristológicamente topamos con aspectos de la realidad de Cristo no suficientemente profundizados. Tratemos de explicarnos.

El malentendido, aún si parece una banalidad, que a mi juicio está en la base de toda la discusión, es *en qué sentido se puede hablar* —y de hecho se habla— de “abandono” por parte de Dios. Es cierto que “Dios Padre jamás nos abandona”. Negarlo sería negar el Amor de Dios. Pero también es innegable que Dios *hace sentir* su lejanía. Cuando alguien pasa una prueba, siente a Dios silencioso, escondido, lejano, la realidad es que Dios está más cerca de él que nunca. “Dios prueba a los que ama”. A Santa Catalina de Siena, por ejemplo, después de una prueba muy difícil, se le apareció Jesús crucificado: “Hija mía Catalina —le dijo— ¿ves

¹¹ J. Moltmann, Op. cit., pp. 216, 212, 84.

¹² Ib., p. 216.

cuánto he sufrido por tí? No te arrepientas por lo tanto de sufrir por mí. . .” Y ella: “Mi Señor, dónde estabas cuando mi corazón se encontraba atribulado por tantas tentaciones?”. Y el Señor: “Estaba *en tu corazón*”¹³.

Así es siempre. En la puerta de un templo de Mendoza se lee: “Cuando te parezca de estar lejos de mí, yo estaré más cerca que nunca de tí”. Pero esta realidad no nos evita el sufrimiento. Dios permite la sensación de abandono por motivos “pedagógicos”, y aunque la realidad objetiva sea distinta, la sensación que prueba quien sufre es *real*. Así también cuando se habla del “abandono” de Cristo por parte del Padre, nadie pensará que Dios se “dividió”, se “partió”, “abandonó” efectivamente a su Hijo amado, etc. La realidad es que “Dios no nos abandona jamás”. Pero también puede ser real que, como nosotros (sólo que en un grado incomparable), Cristo sintió el abandono, la “no-intervención” del Padre, su “lejanía” . . .

El Padre abandonó al Hijo *sin separarse de El*. Así se cumplieron sus designios de amor. Así la revelación y el Amor de Dios llegaron a su punto más alto. “Muere como ‘abandonado’, pero en realidad es acogido por Dios. Así Dios confunde la sabiduría y la justicia de este mundo”¹⁴.

Sólo comprender esto creo que haría caer la dificultad de tantos: cuando se habla del abandono de Cristo, no se quiere por supuesto ni “seccionar” a Dios, ni afirmar que el Amor del Padre “se canceló” o dejó de actuar en algún momento. Se afirma que Cristo *experimentó*, efectivamente, el abandono del Padre. A veces el lenguaje de los teólogos o de los espirituales lo afirma así explícitamente. Otras veces se habla, sin matizar o aclararlo, directamente “del abandono de Dios”. Pero la realidad que se desea expresar no puede ser otra. Si así no fuera sería una “caricatura” de Dios, no sería el Dios cristiano.

Un misterio más profundo aún

Pero esta aclaración, elemental y liberadora al mismo tiempo, sólo concede un momento de alivio. Porque de inmediato abre crudamente a una profundidad aún mayor del misterio.

¿Cómo pudo probar, Dios Hijo, la *separación* de Dios Padre?

Aquí nuestra razón siente vértigo, porque se adentra en las profundidades insondables e inefables de Dios. Pero algo se puede intuir. “Nos hallamos ante el misterio más grande de nuestra religión: la *encarnación*”¹⁵.

Creo que uno de los aspectos más importantes de la teología actual, es la clarificación que está produciendo de la *humanidad* de Jesús. El descubrimiento o la acentuación fundamental se podría sintetizar así: “Hemos insistido demasiado en el hecho de que *Dios* se ha encarnado, y demasiado poco en el hecho de que *Dios se ha encarnado*”¹⁶.

Se lo ve sobre todo al afrontar el problema del conocimiento de Cristo.

¹³ R. de Capua, *Caterina de Siena*, Ed. E. Cantagalli, Siena 1952, p. 150.

¹⁴ L. Boff, *Op. cit.*, p. 39.

¹⁵ P. Foresi, *Op. cit.*, p. 86.

¹⁶ R. C. Kwant.

Dado que Cristo es al mismo tiempo hombre y Dios, la teología —siguiendo a S. Tomás— distinguía en Jesús: a) un conocimiento “*beatífico*” (ya que veía a Dios clara e inmediatamente); b) una ciencia *infusa* (conocimiento dado directamente por Dios, sea de las cosas más santas que de las realidades de este mundo); c) conocimiento *experimental* (adquirido a través de su propia experiencia como hombre).

Esta doctrina, con matices y riquezas distintas según los varios manuales, no dejaba de tener sus aspectos sugestivos. Y permitía además responder al problema que presenta el hecho de que Jesús a veces manifestara ignorancia o dudas, otras veces un conocimiento sobrehumano. Se decía entonces: “es que en tal caso habla como Hijo de Dios, en tal otra circunstancia habla como hombre”. Pero no sólo un Jesús así, hecho “a diversos niveles”, resultaba siempre menos comprensible y aceptable, sino que sobre todo se descubría como una elucubración inteligente pero gratuita: no tenía un asidero seguro en el Evangelio. Era más bien una elaboración teológica basada en el hecho de que si Cristo era Dios, debía poseer como hombre todas las perfecciones concebibles. Pero una vez más se nos exige fidelidad a la Palabra de Dios así como es, lo cual a la larga es siempre una “ganancia” para comprender mejor.

Me parece clave al respecto el artículo de R. E. BROWN, “¿Cuánta era la ciencia de Jesús?”, en *Jesús, Dios y hombre*.¹⁷

Conocimiento y humanidad de Jesús

El autor va mostrando en su trabajo, con puntillosidad, perspicacia y competencia, que existen en la Escritura:

a) Numerosos textos que parecen indicar que Jesús participaba de la ignorancia normal humana: “crecía en sabiduría”, hacía preguntas mostrando de no saber o deseoso de aprender, cita pasajes de la Escritura sin manifestar ningún sentido crítico especial sino reflejando las ideas equivocadas de su tiempo, o comete confusiones, o utiliza interpretaciones de citas de la Escritura que hoy resultarían inaceptables. Asimismo no desmiente las inexactitudes de ideas populares de su tiempo, como en el caso de atribuir a demonios enfermedades naturales. Utiliza imágenes materiales para hablar de la vida ultraterrena (fuego inextinguible, gusanos duraderos, llanto y rechinar de dientes, sed insaciable, espacio que separa el lugar de felicidad del lugar de tormentos, etc.). Algo similar sucede con el lenguaje figurativo con que describe el fin de los tiempos, utilizando las concepciones populares de entonces: se oscurecerán el sol y la luna, las estrellas caerán de los cielos, etc. También sus afirmaciones respecto al futuro desconciertan, porque por un lado dice “ignorar el momento”, en otras ocasiones parece haber creído que sucedería dentro de un corto espacio de tiempo... El elenco no es completo, pero resumiendo, se desprende que la Escritura no desaprueba una teoría que establezca un conocimiento *progresivo* en la vida de Cristo.

¹⁷ Ed. Sal Terrae, Santander 1973.

b) Al mismo tiempo hay otros textos que indican conocimiento extraordinario o sobrehumano. Aún aquí el autor aconseja ser cautos en atribuir tal conocimiento a la divinidad de Cristo. Ya en el Antiguo Testamento se atribuye tal tipo de conocimiento a muchos profetas, a veces podría interpretarse simplemente como una penetrante visión del carácter de las personas o de la dirección que llevaban los acontecimientos, etc.

Frente a este panorama, el estudioso hace reflexiones sobre el conocimiento y la humanidad de Cristo que juzgamos de suma importancia, esclarecedoras, y que sintetizan algunas adquisiciones que parecen definitivas en la teología actual. Esto nos servirá luego para enmarcar mejor la comprensión del abandono de Cristo.

“Algunos teólogos —dice Brown— están convencidos de que, a causa de la unión hipostática o a causa de la iluminación especial que le fue concedida por la visión (o infusión) beatífica, Jesús no podía estar limitado en lo que conocía, al menos en materias de religión, materias del futuro y materias tocantes a sí mismo. Si una investigación escriturística pone de manifiesto las limitaciones en las afirmaciones de Jesús sobre estas materias, estos teólogos pueden decir simplemente que, conociendo Jesús de hecho lo que era correcto y lo que había de suceder, se adaptaba a las circunstancias de su tiempo. Su conocimiento de la Biblia era perfecto, pero se adaptaba a la hermenéutica de su tiempo porque eso compaginaba con sus intenciones. Era perfectamente capaz de formular afirmaciones exactas acerca de su divinidad, pero evitaba proceder así para no ocasionar escándalo.

“Otros teólogos prefieren mantener que ni la unión hipostática ni otros posibles privilegios extendidos al Dios-Hombre le dotaban necesariamente de conocimiento extraordinario en las materias que se acaban de mencionar. Tienden a atribuir a Jesús cierta intuición o una inmediata percepción de lo que era, pero reconocen que la capacidad para expresar esto de un modo comunicable tenía que adquirirse gradualmente. Así, pues, distinguen entre dos formas de conocimiento (o, como se ha sugerido antes, entre la auto-ciencia y el conocimiento expresable). Estos teólogos no tendrían dificultad alguna en aceptar las limitaciones de conocimiento que la crítica bíblica científica encuentra en las afirmaciones de Jesús. Para ellos, sea cual sea la ignorancia supuesta en tales afirmaciones, es real, más que fingida como lo era para el primer grupo de teólogos. El exégeta no tiene medios para resolver tal disputa, aunque los exégetas católicos más recientes estarían mucho más con la segunda solución teológica que con la primera” (p. 137-8).

Sin embargo esto “no quita nada a la dignidad de Jesús”. Tal limitación simplemente mostraría “hasta qué profundidad llegó la divina condescendencia en la encarnación: *mostraría precisamente qué humana era la humanidad de Jesús*” (p. 139). Cita al respecto el importante testimonio de Cirilo de Alejandría, Doctor de la Iglesia: “Nosotros hemos admitido su bondad en cuanto que por amor nuestro no ha rehusado descender a tan baja posición como ser portador de todo lo que pertenece a nuestra naturaleza, *en lo cual está incluida la ignorancia*” (p. 140).

¿Qué importancia tiene reconocer esto en la persona de Jesús? Es que “a no ser que entendamos que Jesús era *verdaderamente humano*, no podemos comprender la profundidad del amor de Dios. Y si los teólogos

vinieran, en definitiva, a aceptar las limitaciones del conocimiento de Jesús que hemos visto reflejadas 'prima facie' en las pruebas bíblicas, entonces mucho más entenderemos que *Dios nos amó tanto que se sometió a sí mismo a nuestras más humillantes debilidades*. Un Jesús que caminara por el mundo conociendo exactamente lo que mañana habría de suceder, conociendo con certeza que tres días después de su muerte su Padre le habría de resucitar, es un Jesús que puede suscitar nuestra admiración, pero todavía un Jesús muy lejos de nosotros. Sería un Jesús lejano de una humanidad que sólo puede esperar en el futuro y creer en la bondad de Dios, lejano de una humanidad que tiene que hacer frente a la suprema incertidumbre de la muerte, con fe, pero sin conocimiento de lo que hay detrás.

"Por otra parte, un Jesús para quien el futuro era tan misterioso, tan temido y tan esperanzador como lo es para nosotros y, sin embargo, al mismo tiempo, un Jesús que diría: No mi voluntad, sino la tuya, este *es un Jesús que puede, efectivamente, enseñarnos cómo vivir*, pues este es un Jesús que ha caminado a través de las reales pruebas de la vida. Entonces podemos conocer la plena verdad de esta frase: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13), pues podemos conocer que ha dado su vida con toda la 'agonía' con que la damos nosotros. Podemos conocer que para él la pérdida de su vida fue, como lo es para nosotros, la pérdida de una gran posesión, una posesión que sólo puede ser cedida por amor" (p. 142-3).

Jesús hombre verdadero

Hemos tomado este problema de la extensión del conocimiento que Jesús poseía, porque sin duda es allí donde aparece más claramente la realidad y plenitud de la humanidad de Cristo. Pero hay otros aspectos sumamente reveladores.

Si en Cristo no hubiera habido un verdadero crecimiento humano progresivo, ¿se habría "escapado casualmente" en la Escritura aquello de que "Jesús *crecía* en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres"? (Lc 2,52).

Si Cristo no hubiera sido tentado, probado realmente, no sólo no habría podido sernos plenamente guía y modelo, sino además haría inútiles o falsas expresiones claras y fuertes de la Escritura como éstas: "aunque era Hijo, *aprendió*, por lo que padeció, la obediencia; y hecho perfecto, se convirtió para todos aquellos que le obedecen en principio de salvación eterna" (Heb 5, 8-9). Se trata, como dice J. GALOT¹⁸ de "un desarrollarse en todos los campos, incluso el de la santidad y las relaciones con el Padre". Y si no fuera así, ¿qué valor tendría la *obediencia* absoluta, perfecta, permanente de Jesús, a la Voluntad del Padre? ¿También ella sería "fingida"? La entrega completa de Jesús en las manos del Padre resulta posible, cercana a nosotros, y paradigmática para nuestra vida, precisamente porque en la vida de Cristo

¹⁸ J. Galot, *Una nuova Cristologia?*, Apes, Roma 1970, p. 38.

existió, como en la nuestra, ignorancia, desarrollo y conquista progresiva ¹⁹. Fue *libremente* como Cristo llevó adelante su misión y fue al encuentro de su pasión (Jn 10,18; 12,27; 14,31):

Jesús sufrió *realmente*. Es precisamente "por el hecho de *haber sufrido y haber sido probado*" como "está capacitado para venir en ayuda de aquellos que están sometidos a la prueba" (Heb 2,18). "No tenemos un sumo Sacerdote que no sea capaz de compadecer nuestras debilidades, ya que *fue probado en todo, a semejanza nuestra*, a excepción del pecado (Heb 4,15).

Cristo no vino en auxilio de los ángeles, dice la misma carta a los Hebreos, sino de los hombres, "por eso debió *hacerse en todo semejante*" a sus hermanos" (2,17).

Las mismas tentaciones de Jesús, no fueron aparentes sino *verdaderas* (Lc 4, 1-13 y par.).

Es precisamente la debilidad, la humanidad de Cristo, la que explica y hace que no sea una ficción por ejemplo *su vida de oración* (Lc 3,21; Lc 6,12: pasaba la noche rezando; Mc 1,35: iba a orar a lugares desiertos; etc.). Y lo mismo su agonía en el huerto de los olivos: "Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz. . ." (Lc 22,42); "El, que en los días de su vida mortal, habiendo presentado con violento clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte. . ." (Heb 5,7). Sin contar los pasos en que los Evangelios describen con gran realismo la *turbación*, el *miedo* y la *angustia* de Cristo (Jn 12,27; Mc 14, 32-36; Lc 22,44).

Humanidad y divinidad

Esta descripción de la humanidad de Cristo no hace sino seguir la fe de la Iglesia: Cristo verdadero Dios y *verdadero* hombre.

Una figura así, "más humana", de Jesús, es liberadora, porque se la siente verdadera y más acorde con los datos de la Escritura, no "apologética", no unilateral, no "forzada". El cristiano que descubre así la figura de Cristo, siente un "alivio", porque es lo que advertía en forma inconsciente, o consciente pero inconfesada, cuando leía las Escrituras. El asunto está en no perder, contemporáneamente, nada de la riqueza de *la divinidad* de Cristo. Y bien, esta figura de Cristo, más cercana a lo que fue su realidad histórica, no "quita" nada a su divinidad. Por el contrario: pone de relieve las dimensiones verdaderas e inauditas del Amor de Dios. Cristo no sólo vino "para dar su vida" (Mc 10,45), sino antes aún de ese gesto supremo mostró las dimensiones de su amor porque se hizo *realmente uno de nosotros*, compartiendo todo excepto el pecado. Y ya que es típico de la vida humana "afrontar el riesgo, marchar hacia campo abierto, confiarse a lo imprevisible, tener que enfrentar la oscuridad del propio origen y del propio fin" ²⁰, Cristo no eludió estos aspectos en su vida de hombre. ¿No es así tanto más grande alguien que "siendo rico se hizo pobre por Uds., para enriquecerlos

¹⁹ Cfr. H. U. von Balthasar, *Lafoi du Christ*, Aubier, París 1968; Id., *Chi é il cristiano?*, Queriniana, Brescia 1966, pp. 62-66.

²⁰ K. Ranher, *Saggi di Cristologia e di Mariologia*, Paoline, Roma 1967, pp. 212-213.

con su pobreza" (2 Cor 8,9)? "Procuren tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no retuvo como un tesoro codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y en su condición de hombre se humilló así mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil 2, 5-8).

"Cuanto más se reflexiona sobre estos textos, (dice G. ROCCA en sus apuntes ya citados, p. 21-22), y sobre los aspectos profundamente humanos de la persona de Jesús, más nos sentimos impulsados a concluir que (...) el Jesús histórico no fue la revelación de aquella imagen que instintivamente nos sentimos llevados a formarnos (es decir, el Hijo de Dios glorioso, que manifiesta su omnipotencia a través de la naturaleza humana), sino que fue la encarnación de la verdadera imagen de Dios-Amor, que se anonada para salvar al hombre. (...) El Verbo, aun escondiéndose en una humanidad concreta, ejercitaba, debido a la unidad personalizadora con la cual ha unido a sí mismo esta humanidad, inevitables reflejos sobre ella. Sin embargo, estos reflejos deben ser concebidos de una manera nueva, de tal forma que sean compatibles con una humanidad concreta y, sobre todo, con la condición de anonadamiento y de ocultamiento que el Jesús histórico eligió.

"Ciertamente Jesús poseía una santidad, una plenitud de Espíritu Santo, una comunión con el Padre, la más plena e íntima que se pueda pensar, que jamás haya existido y jamás pueda existir. Pero tal santidad debe poderse armonizar con las leyes de un normal desarrollo humano. Como consecuencia de esta singular comunión con el Padre, debemos admitir que Jesús vivía normalmente en una *condición de "beatitud"*. Sin embargo, esta beatitud debe poder coexistir con el estado de prueba y de dificultad en el cual se encontraba Jesús sobre esta tierra, y como tal, poder estar sujeta a momentos de mayor o menor intensidad, e incluso de desolación y de abandono por parte del Padre".

Conocimiento divino en Cristo

No pueden negarse los aspectos positivos de esta visión. Pero necesariamente queda pendiente la pregunta: si Cristo era el "Verbo que existía desde siempre", la "imagen visible del Dios invisible", donde "habita corporalmente la plenitud de la divinidad", el "Hijo de Su Amor", el "Hijo de Dios", ¿qué margen debemos reconocer a la "visión beatífica" de Cristo, a su "ver cara a cara" al Padre ya que era "una sola cosa" con El?

La teología hoy intenta varias respuestas. Damos alguna indicación, también aquí muy breve.

1) R. E. Brown en su obra ya extensamente citada, dice: "Se podría entonces decir que este conocimiento (de Cristo) estaba limitado, pero tal limitación en ningún modo excluiría una *conciencia* intuitiva de una relación única con Dios y de una misión hacia los hombres. La lucha de su vida debió de ser la de encontrar los conceptos y las palabras para expresar esa relación y esa misión" (p. 131).

El mismo autor cita a varios teólogos que con distintas expresiones tratan de ilustrar esto de alguna manera: Galot habla de una "percepción intuitiva" de Dios en Cristo, que incluye un conocimiento intuitivo de su propia divinidad; Rahner habla de una autopercepción procedente de la unión hipostática, una conciencia inobjetivada más bien que una visión objetiva de la esencia divina; Lonergan habla de un inefable conocimiento humano, no obtenido mediante una acción corporal o sensible y no capaz de manifestarse mediante tal acción.

O sea que una cosa sería en Cristo la conciencia intuitiva, real, de su divinidad, y otra la posibilidad progresiva, ardua incluso, de encontrar una significativa formulación de esa conciencia. Era la capacidad para expresar su ser de un modo comunicable e inteligible por los hombres la que tenía que adquirir Jesús gradualmente.

2) El desarrollo humano o la ignorancia "objetiva" que encontramos en el conocimiento de Jesús, excluye —en virtud de quién era El— todo error que pudiera provenir de la ira, la sensualidad, una precipitación en el juicio, o sea de todo aquello que en nosotros está vinculado al pecado ("semejante en todo... excepto en el pecado").

3) Las palabras de Cristo eran "palabra de Dios" como lo es la palabra escrita de la Sagrada Escritura, de la cual la Iglesia afirma que "no contiene error". Aún si se manifiesta a través de un "ropaje" humano, de expresiones humanas, nos da lo absoluto. Puede equivocarse en un dato histórico, o científico, pero no en su finalidad religiosa ('propter nostram salutem'). "Cristo asumió una condición humana ignorante, *en la medida en que esta ignorancia era compatible con su misión reveladora y salvífica*"²¹.

4) No debemos atribuir al Jesús histórico la omnipotencia, la ubicuidad, o la omnisciencia *que poseyó luego de su resurrección*. Pero en Cristo había santidad y amor absolutos, y la plenitud de la verdad para revelarnos el señorío absoluto de Dios, su *ser* y su *querer*, y con eso el sentido último de toda la realidad.

"Hemos visto precedentemente —afirma Brown— que, cuando Jesús hablaba de la vida venidera o de los signos de los últimos tiempos, parece haber repetido las descripciones corrientes en su época, pero cuando hablaba del dominio de Dios sobre los hombres, hablaba con una impresionante originalidad. Este era su 'oficio' y aquí no toleraba oposición.

"El podía y declaraba perdonados los pecados, modificaba la Ley de Moisés, violaba las ordenaciones del sábado, iba contra las normas de pureza legal (comía con publicanos y pecadores), hacía extremas exigencias (prohibía el divorcio, invitaba al celibato y a renunciar a los lazos familiares), desafiaba el sentido común (exhortación a volver la otra mejilla); en una palabra, enseñaba como no enseñaba ningún otro maestro de su tiempo. Y si se concede que obraba milagros (...) entonces lo que hizo en interés de la realeza de Dios era también impresionante, pues actuaba contra el mal con un poder que iba más allá del rango de la experiencia ordinaria.

²¹ Ch. Duquoc, Op. cit., p. 149.

“Todo esto supone, ciertamente, una conciencia de un ministerio único para con los hombres. Entre todos los hombres santos del pasado de Israel, uno encuentra paralelos con Jesús por lo que se refiere a dichos o hechos individuales (Jeremías, Elías), pero la pintura total de Jesús rompe los moldes. Además, la seguridad con que Jesús hablaba y actuaba supone una conciencia de una relación única con Dios. Hemos visto precedentemente que esta convicción acerca del éxito definitivo de su misión (tal vez acompañada por una falta de conocimiento sobre cómo precisamente esa victoria había de realizarse) se asemeja en cierto modo a la convicción de los profetas del Antiguo Testamento. Pero ningún profeta rompió con el sacrosanto pasado de un modo tan radical y con tanta seguridad como lo hizo Jesús. *Las tradiciones evangélicas concuerdan en pintarle como a un hombre que piensa que él puede actuar y hablar por Dios.*

“Así, pues, mientras que un estudio científico puede hacer resaltar muchas limitaciones en el modo de expresión atribuido a Jesús en el más fidedigno material evangélico, tal estudio retrata también a un hombre que desafiaba los límites ordinarios en su reclamación de ser el agente único para establecer el dominio regio de Dios. Y al considerar esta prueba muy importante para la conciencia de Jesús respecto a sí mismo, tenemos que acentuar que *no hay indicio en los Evangelios de un desarrollo de la convicción básica de Jesús*”²².

5) Se debe admitir en Cristo “la inmediatez de la posesión de Dios”; sin embargo, “no es necesario que se deba experimentar siempre en modo claro e inmediato como beatificante...”²³.

“El hijo, en su peregrinación terrenal, no goza de la visión beatífica como a la derecha del Padre”²⁴.

El abandono de Cristo en la cruz

¿Se puede en el contexto de la *real* humanidad de Cristo, seguir sintiendo reservas para admitir la posibilidad de que Cristo haya *experimentado* el abandono del Padre en la cruz?

“La revelación cristiana habla del Dios que dialoga, pero también del Dios que calla. (...) Sabemos que en lo cristiano se da el primado del Logos, de la palabra sobre el silencio: Dios *ha* hablado, Dios es Palabra. Pero con eso no hemos de olvidar la verdad del ocultamiento permanente de Dios”²⁵.

¿Por qué Cristo habría podido asumir todos los aspectos de nuestra experiencia humana, *menos* la posibilidad de sentir la lejanía, el silencio, el abandono de Dios, que es una de las más típicas, profundas y lacerantes experiencias del hombre?

²² R. E. Brown, “Cuánta era la ciencia de Jesús?” en *Jesús, Dios y hombre*, Ed. Sal Terrae, Santander 1973, pp. 133-134.

²³ K. Ranher, Op. cit., p. 39.

²⁴ O. Karrer, comentando Mc 13, 32, en *Neues Testament*, Munich 1959, p. 152.

²⁵ J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Ed. Sígueme, Salamanca 1970, p. 258.

Jesús abandonado no es más que un aspecto, el punto más alto, de la necesidad de pasar por el dolor para llegar a la vida, a la unión con Dios, a la unidad entre los hombres. Penetrar el misterio del abandono es penetrar en lo más profundo del "misterio de la cruz", del misterio pascual. "Jesús abandonado es el símbolo, el signo, la indicación precisa de esta redención. Aún cuando la redención haya ocurrido en todos y cada uno de los dolores espirituales y físicos de Jesús, el dolor más grande, el que simboliza toda la redención es el momento en que siente la separación del Padre (...) Ya que todos los tormentos se acrecentaron con el dolor de la separación del Padre, expresada en aquel grito: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'. Algunos se preguntan: ¿cuál es el mayor momento de dolor de la pasión de Jesús? Y afirman: cuando gritó 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'. Porque los dolores espirituales, afirman, son mucho mayores que los físicos, y el mayor de ellos es experimentar la separación de Dios (...) El alma de Jesús, cuando ha experimentado el abandono (...) sintió el mayor dolor que jamás pudiera experimentar ningún otro hombre, porque quien vivía aquel dolor era un hombre unido personalmente con la divinidad, el hombre-Dios"²⁶.

¿Cómo pudo suceder ésto, seguirá siendo siempre un misterio en esta vida. Pero si aceptamos la humanidad concreta y verdadera de Cristo, al menos no escandaliza. Negar que Cristo haya podido experimentar el abandono del Padre, sería como negar que haya podido sufrir ignorancia, incertidumbre, oscuridad, miedo, angustia, etc. Escandalizarse de que el Padre haya podido permitir por Amor que el Hijo pasara esta prueba, esta "noche" del abandono, equivaldría a escandalizarse de la condición que *de hecho* asumió el Hijo de Dios y de todo el sufrimiento que pasó Cristo para salvarnos. Si eran posibles todos los otros aspectos de la humanidad y del sufrimiento de Cristo, ¿por qué no éste? En el fondo sería negar la *solidaridad real* de Jesús con los hombres, o ignorar el *valor del sufrimiento* en los planes de Dios. ¿Por qué querríamos poner límites al "amor que supera todo conocimiento"? (Ef 3,19). Negando el abandono del Padre experimentado por Cristo, ¿no estaremos cercenando el misterio, haciéndole perder riqueza, anteponiendo nuestras categorías humanas apriorísticas a la manera en que Dios obró concretamente, dentro de su actuar libre y soberano? Reduciendo el abandono a la defección de los hombres, ¿no estamos anulando la parte más importante de esa experiencia de Cristo? Si así fuera, nos mereceríamos el reproche hecho a Pedro, que no comprendía la pasión que Jesús anunciaba: "me eres un obstáculo, porque piensas como los hombres, no como Dios" (Mc 8,33; Mt 16,23).

Preguntar: "¿cómo el Padre pudo hacer probar el abandono?", sería lo mismo que preguntar "¿cómo pudo permitir que sufriera?". Si no nos escandalizamos de que "a quien no conoció pecado, *le hizo pecado* por nosotros" (2 Cor 5,21), y de que haya llegado a hacerse "*maldición* por nosotros" (Gal 3,13), ¿por qué habríamos de negar que haya llegado a

²⁶ P. Foresi, Op. cit., pp. 92-93.

compartir nuestra naturaleza y los aspectos dramáticos o trágicos de nuestro destino, hasta el punto de experimentar el abandono de Dios?

“Dios quiso hacer la ‘experiencia’ (cfr. Heb 2,18; 4,15) de la existencia humana ‘desde dentro’, para ‘desde dentro’ restaurarla y sanarla, hubo de poner el acento decisivo en el punto en el que el hombre pecador y mortal llega ‘al final’ —perdido en la muerte— sin por eso encontrar a Dios; hundido en la ‘fosa’, en el abismo de tristeza, pobreza y tiniebla, sin poder salir de ahí por sus propias fuerzas (...) Sólo cuando Dios mismo ha recogido esta última experiencia de su mundo (...), sólo entonces deja de ser alguien que juzga a sus criaturas desde fuera y desde arriba”²⁷.

Salmo 22 (21)

Alguno cree ver una confirmación de que Cristo no fue “abandonado por Dios” en el hecho de que la frase de Cristo corresponde al comienzo del Salmo 22, que termina siendo un canto de confianza en Dios que no abandona al justo y triunfará.

“La exégesis puede, por supuesto, mostrar que el grito de Jesús: ‘Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’ proviene del Salmo 22, que imprimió su sello a todo el relato de la pasión. La cita del comienzo del salmo está remitiendo, conforme al modo de citar de aquel tiempo, al salmo íntegro. Este salmo es una lamentación que acaba en una acción de gracias. El sufrimiento del justo se experimenta como abandono de Dios, pero en el sufrimiento y la angustia de muerte el justo siente que Dios es señor desde el principio y que lo salva para una vida nueva”²⁸.

El hecho de recordar que “la oración que comienza con la más profunda angustia por el ocultamiento de Dios, termina alabando su grandeza”²⁹, dice solamente que Cristo, a pesar de todo, no perdió su confianza absoluta en Dios. Por algo se lo llama “el” Fiel por excelencia. No desesperó, sino puso toda su esperanza en el Padre. Cristo encarna al Servidor de Yahvé de Isaías, sufriente, perseguido, quebrantado, *pero finalmente vencedor!* Significa en su sentido más profundo, que el suyo era un sufrimiento “cristiano”, es decir, que la pasión es el *camino para la resurrección*, y no fin en sí misma. Pero este contexto y final positivo que señala el salmo, no contradice al hecho de que Jesús haya sentido el abandono del Padre. Si fue elegido *ese* salmo, fue porque expresaba los sentimientos de Cristo, sea en su confianza absoluta en el Padre, que en el desgarró que sentía por el abandono. No hay que olvidar ninguno de los dos aspectos verdaderos de ese momento. “No hay que dulcificar lo que toca a la cruz de Cristo, como si el crucificado, sin sufrir conmoción ninguna en su unión con Dios, se hubiera dedicado a recitar salmos y hubiera muerto en la paz de Dios”³⁰.

²⁷ H. U. von Balthasar, *Mysterium Salutis*, op. cit., pp. 145-146.

²⁸ W. Kasper, Op. cit., p. 146.

²⁹ J. Ratzinger, Op. cit., p. 259.

³⁰ H. U. von Balthasar, Op. cit., p. 220.

“He aquí —dice otro autor— el punto culminante de la tentación: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’. Se siente, como Dios, abandonado de los hombres; como hombre, abandonado de Dios. (...) Pertenecen sus palabras, es verdad, a un salmo que en conjunto más bien representa una oración magnífica de confianza; se trata del salmo 22, en el cual abundan versículos tan confortadores como éste: ‘No desdeñó (Yahvé) ni despreció la miseria del afligido, ni apartó de él su rostro, antes oyó al que imploraba su ayuda’. ¿Quiere decir esto, sin embargo, que no existe fundamento para atribuir al alma de Jesús un verdadero abandono?

“Lo que falta no es base para atribuirlo, sino inteligencia para explicarlo, palabras para enaltecerlo, corazón para compartirlo. Jesús hace tuyas las primeras palabras del Salmo, Jesús habla sinceramente, Jesús se queja desde el fondo del abismo. Hace falta que todo muera para que todo resucite. Sólo la Omnipotencia pudo llegar a esa impotencia; su posibilidad extrema toca el límite exacto de lo imposible que ninguna criatura alcanzará jamás. Nadie sabrá nunca como el Hijo, qué es ser abandonado por el Padre”³¹.

Teología del dolor y praxis del amor

Decíamos al principio que ignorar la profundidad y riqueza del abandono de Cristo, significa perder luces inestimables para el *pensamiento* cristiano. De hecho Moltmann llega a hablar de una “revolución en el concepto de Dios”: “¿Quién es Dios en la cruz de Cristo por él abandonado?” Pero además Jesús abandonado nos revela más plenamente también quién es el hombre: “¿Quién es el verdadero hombre a la luz del hijo del hombre rechazado y resurgido...?”. Más aún: “¿Qué significa el recuerdo del Dios crucificado en una sociedad oficialmente optimista que camina por encima de muchos cadáveres?”³².

Dijimos también que penetrar la realidad del abandono de Cristo comporta innumerables consecuencias *para la vida* personal, eclesial y social (por eso el título habla de la importancia del abandono de Cristo para *el futuro* de la Iglesia).

Es imposible afrontar aquí el argumento extensamente. Pero algo pueden hacernos entrever dos testimonios actuales, que hablan del significado y las consecuencias que encierra la realidad de Jesús Abandonado.

El primero es de Carlos Carretto, Hermano de Foucauld, conocido autor de numerosas obras y escritos. Los presentes son fragmentos de un capítulo de su libro *Padre mío, mi abbandono a te*:

“Existe una ‘no medida’, un amar ‘sin medida’.

Es el aceptar de parte de Jesús —el hijo— de ser abandonado por el Padre.

El grito trágico cuyo eco se escucha a través del tiempo es el grito mismo de Dios crucificado: Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado (Mt 27,46).

³¹ J. M. Cabodevilla, *Cristo vivo*, BAC, Madrid, pp. 816-817.

³² J. Moltmann, Op. cit., p. 13; sobre el tema de la cruz como “revelación”, conocimiento del verdadero rostro de Dios y de los hombres, cf. G. Rosse, “Gesù crocifisso nella vita di Paolo. Riflessioni”, en *Nuova Umanità*, I/2 1979, pp. 39-44.

No existen razonamientos que puedan explicar ésto. Es inútil intentar comprender.

(...) No es cosa de poco el sufrimiento del hombre, la agonía de sus noches sin sueño, su carne atormentada por el fuego del dolor, el terror de su fe oscura. (...) ¿Es para sorprenderse si el sufrimiento arranca gritos al hombre y lo hace temblar hasta las fibras más íntimas de su ser? ¿Es para maravillarse si fija sus ojos con ardor en la oscuridad gritando: "Dios mío, Dios mío, dónde estás? ¿Por qué no respondes desde tus cielos cerrados?"

(...) Es terrible el silencio de Dios sobre la oscuridad del hombre.

Diría que se convierte en el sufrimiento más grande.

Ciertamente es la prueba más heroica.

Es el 'sin medida' que El nos pide tarde o temprano.

Es la noche.

Y es una noche que desciende sobre el cuerpo y el espíritu del hombre destrozándolo y atormentándolo.

(...) ¿Y qué dicen de Dios los moribundos?

Los reclusos en manicomios, los inmovilizados en los hospitales, los cuerpos esqueléticos de los viejos, los deformes, los mongólicos, los marginados, los lisiados y los ciegos que andan por los caminos del mundo?

¿Qué dicen de El los que buscan sin encontrar, los que carecen de esperanza, los que no tienen fe, los que parecen vivos pero están ya muertos?

No sé.

Cada uno trata de dar una respuesta, pero Dios no pone ni siquiera la pregunta.

Calla.

Y calla también cuando se trata de su amado, su Hijo unigénito Jesús.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, este grito es la síntesis de todos los gritos de la humanidad.

Dios calla.

Y la esfera de arcilla que es la tierra continúa siendo trabajada por las manos del fuego.

los vivos mueren,

los jóvenes envejecen,

albas y ocasos se subsiguen,

el cielo refleja la tierra

y las estrellas nos miran como si nada fuera.

Todo está inmóvil.

En el silencio, lejano se siente el eco doloroso del grito de Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Se lo dije, no traten de comprender, no lo lograrán.

No traten de ver, no verán.

Traten de amar.

Es en el amor y sólo en el amor que podemos acercarnos a Jesús Abandonado y con El a todos los abandonados de la tierra.

Pero, acercarnos por caridad, no para hacer lloriqueos inútiles!

No bastan las lágrimas delante de tanto misterio: es necesario el Espíritu que me hable y me diga el por qué de tal precio, que me ayude a comprender qué hay escondido debajo de la arcilla ardiente del hombre.

(...) la esperanza nace justamente cuando el hombre toca el abismo de su impotencia, como fué para Israel en Babilonia, como fué para Jeremías en la cisterna de la prisión, como fué para Jesús en la cruz.

Ahora me acerco con más comprensión a Jesús Abandonado. En El veo

sinetizado el dolor del mundo, el fuego redentor de la humanidad en camino, la clave del más grande secreto del amor.

En El tengo la respuesta a las cosas que no tienen respuesta, en El se aplacan todas mis preguntas, allí encuentro el receptáculo de todos los sufrimientos de mis hermanos”.

El segundo testimonio son algunos pensamientos de Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares, entresacadas de las numerosas páginas, —publicadas algunas, inéditas la mayoría—, que ha escrito sobre el tema. Hoy son muchas las personas en todo el mundo que se inspiran ideológica y existencialmente en esta línea de pensamiento.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Para que tuviéramos la Luz Te hiciste ciego.

Para que tuviéramos la unión, probaste la separación del Padre.

Para que poseyéramos la Sabiduría Te hiciste “ignorancia”.

Para que nos revistiéramos de inocencia, Te hiciste “pecado”.

Para que esperáramos, casi Te desesperaste.

Para que Dios estuviera en nosotros los experimentaste alejado de Ti.

Para que fuera nuestro el Cielo sentiste el infierno.

Para darnos un pasar gozoso sobre la tierra entre multitud de hermanos, fuiste podado del cielo y de la tierra, de los hombres y de la naturaleza.

Eres Dios, mi Dios, *nuestro* Dios de amor infinito”³³.

“Jesús abandonado es el modelo de quienes aman a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, de los ‘enamorado’ de Dios. De hecho Jesús abandonado ama a Dios cuando Dios lo abandona.

Jesús abandonado es el modelo de quien debe construir la unidad con los hermanos. De hecho yo no puedo entrar en otro espíritu si el mío es rico. Para amar a otro hermano tengo que hacerme constantemente pobre, a tal punto, que no posea otra cosa que el amor. Y el amor se vacía de sí mismo. Jesús abandonado es el modelo perfecto de un pobre de espíritu: es tan pobre que no tiene ni siquiera a Dios, por decirlo así. No lo siente.

Jesús abandonado es modelo de renegación de sí mismo y de mortificación. De hecho él no es sólo mortificado en todo sentido externamente, ya que fué crucificado, sino también mortificado en el alma; renuncia a lo más querido que tiene: su unión con Dios.

Es la renuncia a sí mismo de un Hombre-Dios.

Es el modelo perfecto de quien pierde la propia alma en Dios. Modelo de aquellas personas, por ejemplo, que deben renunciar a sus propias ideas, e incluso a las inspiraciones de la gracia, para someterlas a sus propios superiores. Es modelo por lo tanto de verdadera unidad con quien nos representa a Dios. Como Jesús y el Padre son una sola cosa, así cada persona con el propio superior que le representa a Dios, debe ser una cosa sola.

Jesús abandonado es quien da luz a quien espera contra toda esperanza. Jesús abandonado es el modelo de aquél que confía: “Confíen —había dicho— yo he vencido al mundo!” (Jn 16,33). De hecho nadie tuvo una confianza más grande que él que, abandonado por Dios, confió en Dios; abandonado por el Amor confió en el Amor.

³³ *Città Nuova*, XIX/3, 10.2.1975, p. 35.

Jesús abandonado es el modelo de quien quiere dar gloria a Dios. De hecho él en el abandono, anulándose completamente a sí mismo, está diciendo que Dios es todo.

Jesús abandonado es el modelo de los 'muertos que mueren en el Señor' (Apoc 14,13). De hecho él murió místicamente y como tal muere en Dios. Dice el Apocalipsis: "sus obras van detrás de ellos". Y la obra de Jesús fué la de haber dado al Padre muchos hijos, regenerándolos con su propia vida.

Si pudiéramos de relieve cada exhortación de Jesús en el Evangelio, veríamos que las ha vivido todas en aquel momento.

Jesús abandonado revive en sí, en ese instante: "quien pospone padre, madre... y aún su propia vida" (Lc 14,26).

El Evangelio dice: "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece solo; pero si muere da mucho fruto" (Jn 12,24). Dice: muere. Jesús abandonado es realmente la figura del grano de trigo que muere. Pero no queda solo porque da como fruto el pueblo de Dios, la Iglesia.

Jesús abandonado puede repetir en sí mismo todas las bienaventuranzas.

En Jesús abandonado resplandecen de manera única la fortaleza, la paciencia, la templanza, la perseverancia, la justicia, la magnanimidad...

Jesús en el abandono aparece sólo como hombre: jamás por lo tanto estuvo tan cerca del hombre como en este momento y por eso nunca lo amó tanto. Y al mismo tiempo jamás estuvo tan cerca del Padre; es por amor a El que muere y muere de esa manera. Por lo tanto si en el amor a Dios y al prójimo está "la ley y los profetas" (Mt 7,12), Jesús aquí cumplió plenamente todo deseo y mandamiento de Dios.

Jesús abandonado es, por lo tanto, el camino directo a la santidad, porque provoca la unidad con el Santo"³⁴.

"Luego está el mundo que ya no cree más. Ese mundo que conoció la fe en sus padres, pero la rechazó. En un grito de rebelión, queriendo beneficiar a la humanidad, ha tratado de apropiarse ideas y valores cristianos, ha intentado transferir el cielo sobre la tierra, rechazando lo trascendente. Construyó una sociedad que, bajo ciertos aspectos, puede verse como una Iglesia al revés. Para ellos todo se encuentra aquí sobre la tierra, Dios no existe.

El crucificado que los convertirá no será el que fué presentado en los primeros siglos a los hebreos o a los infieles, porque a estos hermanos nuestros de hoy no les importa la salvación, ni la resurrección, ni el mundo futuro. Es necesario presentar un crucificado en el cual Cristo parezca sólo hombre: es necesario presentar cristianos que amen de tal manera a estos hombres, que sepan probar como Jesús abandonado, si así se puede decir, la pérdida de Dios por los hombres. En síntesis, cristianos que saben hacerse 'como uno sin ley (sin Dios)' (I Cor 9,21), para salvar a sus propios hermanos —como dice San Pablo— crucificados vivos. Entonces estos ateos poco a poco simpatizarán con estos hombres simples pero enteros, como quieren ser ellos. Y de la simpatía nacerá el diálogo. Y del diálogo la comunión: lo divino entrará en sus almas y en la sociedad que, aún no siendo edificada en su nombre, se convertirá en casa de Dios, como los templos paganos se convirtieron en Iglesias en la época del cristianismo primitivo.

Jesús en el abandono es el crucificado de los ateos, porque por ellos se hizo 'ateísmo'.

Más aún, en el mundo nosotros podemos colaborar al desarrollo social,

³⁴ De una conferencia en Rocca di Papa, Roma 1972.

porque vemos en los pueblos en vías de desarrollo el rostro de Jesús abandonado, el 'menos que hombre', el subdesarrollado que se eleva. En el abandono Jesús ha experimentado más que nunca qué es ser hombre, y además sin la dignidad que le es propia. Ha probado la opresión, la esclavitud, la encarcelación, el carecer de techo, de comida, de salud, el ser miserable, moribundo.

Jesús abandonado es la fuerza que puede desencadenar la más potente y divina y universal revolución social.

(...) Desde los primeros años de nuestro Movimiento dije que si tuviera que hablar de El necesitaría tantas palabras como gotas hay en el mar. San León Magno decía que el grito de Jesús 'es una doctrina'. (...) Yo agregaría: Jesús abandonado es el punto central que, uniendo lo creado y lo increado, puede decirnos algo de todos los misterios. Porque Jesús, en su abandono, es el vacío por el cual el hombre toma contacto con Dios y Dios con el hombre. Esa misteriosa herida espiritual del Hombre-Dios es la ventana a través de la cual Dios mira al hombre y el hombre, por cuanto es posible, mira a Dios"³⁵.

El "método" de la cruz

En la doctrina y la vida de esos "expertos de Dios" que son los Santos, siempre se vió profundamente el misterio de la cruz como centro de todo. El cristiano se santifica sólo y en la medida en que comprende la cruz. La capacidad de transformar el dolor en amor, es la medida de la madurez cristiana.

Según las distintas espiritualidades y las diversas épocas, se privilegiaron uno u otro aspecto de la pasión de Cristo: las llagas, la sangre, el costado abierto, la agonía espiritual del Huerto de los Olivos... Eran distintas angulaciones para reconocer una misma verdad: la profundidad, la sabiduría, las consecuencias decisivas, que encierran la pasión-muerte-resurrección de Cristo para nuestra vida y para nuestra comprensión de las realidades divinas y humanas.

Esto vale hoy como siempre, ya que el dolor es intrínseco a la condición humana. Pero nuestra época tiene algunas características típicas: el fenómeno del ateísmo y la secularización (esa especie de "noche" de la fe que va padeciendo gran parte de la humanidad); una sensibilización cada vez mayor ante las desigualdades, las injusticias y los sufrimientos; una exigencia cada vez más grande, en los cristianos, de lucidez, coherencia, comunión fraterna, sin las cuales la propia fe no podrá resistir los embates de la historia ni sabrá responder adecuadamente a las "hambres" de nuestro tiempo.

"Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo" (Col 2,24). La pasión de Cristo continúa hoy en sus miembros que son los hombres. Pero el aspecto *típico* de la pasión que vive hoy la humanidad, parece ser el "abandono" de Dios. Nunca como hoy los hombres se preguntaron ¿"dónde está Dios"?, ¿"por qué el mal y el sufrimiento si Dios es Amor"?, ¿"cómo superar la desunidad y la incomunicación"?

Ante estas y otras preguntas parecidas, el "descubrimiento" y la valorización del abandono de Cristo en la cruz parece de trascendental impor-

³⁵ De una conferencia en Rocca di Papa, Roma 27.12.1971.

tancia. Como Cristo, también los cristianos debemos inmolarnos y padecer para generar vida nueva. Y si el abandono de Dios es el sufrimiento característico de nuestra época, cristianos que sepan revivir el abandono de Cristo en sus vidas se pondrán en condiciones de encontrar las respuestas necesarias para el hombre de hoy.

Si somos capaces de ofrecer a Dios el dolor de nuestra falta de fe, y luego inclinar nuestra inteligencia y seguir creyendo y viviendo como cristianos, aprendemos no sólo a comprender y sostener las dificultades de fe de los demás, sino además encontramos una firmeza y una sabiduría nuevas para comprender las realidades de Dios. Si nos sentimos solos, entre cristianos desunidos o que por mediocridad traicionan la causa de Cristo, pero por amor seguimos en pie y sostenemos a los demás, veremos fortalecerse y crecer la comunidad cristiana como Jesús la deseó. Si nos sentimos angustiados, tristes, pecadores o sin fuerzas, pero sin embargo seguimos preocupándonos por el bien de los demás, generaremos vida nueva en la humanidad como Cristo lo hizo en la cruz. Si preferimos a aquellos hombres que sufren, por amor a Cristo que sufre en ellos, veremos resolverse situaciones que parecían imposibles y encontraremos creatividad y energías impensadas para hallar soluciones. Y así se podría continuar y continuar. Allí donde haya una persona o una situación que grita "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", allí Cristo continúa su sufrimiento en la pasión de la humanidad y reclama nuestro amor total y concreto.

Jesús Abandonado no es un buen recurso oratorio para sermones de Semana Santa, ni algo que tenga qué ver con la espiritualidad o la mística pero sin consistencia teológica. Es una experiencia que Cristo vivió realmente y que continúa en manera especial en nuestro tiempo. Jesús que se siente abandonado por el Padre, es "el Crucificado de hoy". A la espiritualidad y a la teología, a la existencia y al pensamiento cristianos, se les abre aquí un campo inmenso.

Y no hay que temer que la gente se confunda y crea que "Dios abandona". La gente no se confundirá si sabremos proponerles la "sabiduría de la cruz", el "Evangelio de la cruz", que significa reconocer la portada real del hecho de que la cruz —y el abandono, que es el punto culminante y "resumen de la pasión"— es el "método" *ineludible* del amor de Dios para los hombres.

Demostramos nuestro amor hacia alguien sobre todo cuando compartimos su sufrimiento. La medida y la verdad de nuestro amor a Cristo la demostramos amando sobre todo a quienes sufren y a los abandonados de todo tipo, y transformando en amor hacia Dios y hacia los demás todos nuestros dolores y abandonos.

Por algo los Obispos Latinoamericanos reunidos en Puebla pudieron afirmar con toda claridad y valentía: "Jesús... sabe bien lo que hoy tanto se calla en América Latina: que se debe liberar el dolor por el dolor, esto es, asumiendo la Cruz y convirtiéndola en fuente de vida pascual"³⁶.

³⁶ Documento de Puebla, n. 278.